

ECONOMÍA HUMANISTA

J O S E P H R A M O S

ECONOMÍA HUMANISTA

*La importancia de las consideraciones inmateriales
en las decisiones económicas*

PAIDÓS

Índice

Agradecimientos	9
Introducción	11
PRIMERA PARTE:	
El mercado y sus límites	23
Capítulo 1	
La racionalidad económica: el supuesto de maximización de ingreso	25
Capítulo 2	
Otras racionalidades	41
Apéndice 2.1	
Ejemplo de racionalidad acotada con grave resultados, Chile 1973-75	62
Capítulo 3	
El Mercado y los Límites a lo intercambiable	65
Capítulo 4	
El Mercado, los Valores y la Justicia	75
Apéndice 4.1	
Sobre la contribución del trabajo a la producción	88
SEGUNDA PARTE:	
La cooperación y la competencia como organizadores sociales	91
Capítulo 5	
La cooperación, y no solo la competencia, como organizadora social	93
Capítulo 6	
La evolución de la cooperación	115
TERCERA PARTE:	
Importantes determinantes de la felicidad aparte del ingreso	129
Capítulo 7	
Felicidad e ingreso	131
Capítulo 8	
El valor del tiempo	155

CUARTA PARTE:

¿Cómo incorporar consideraciones valóricas a la política económica? y filosofías detrás de los enfoques económicos	171
---	------------

Capítulo 9

Algunas implicancias para la política pública	173
---	-----

Apéndice 9.1

Efecto de salarios participativos sobre el empleo	190
---	-----

Capítulo 10

Una comparación de las filosofías detrás de los distintos enfoques económicos	195
---	-----

Epílogo: a modo de conclusión	203
-------------------------------	-----

La economía se ha mirado siempre con cierto desdén y sospecha. Desdén, por tratarse de algo poco elevado, la satisfacción de necesidades mundanas, las materiales, y no las más hondas, como el amor y el sentido de vida. Por algo, la economía, o sea, el estudio de cómo se determina la producción y distribución de bienes en una sociedad, se conoce como la “ciencia aburrida” (*dull science*). Además, se ve con cierta sospecha, por apelar a los apetitos más bajos del ser humano: su egoísmo e interés propio. No en balde, hasta bien entrado el siglo XIX, la actividad económica era considerada inapropiada para un caballero.

Sin querer, también ha contribuido a esta sospecha el famoso *homo economicus* de los modelos económicos: un egoísta puro, interesado en maximizar su beneficio propio y poco preocupado de la ética o de los demás. En las formulaciones más simples, su provecho se reduce a maximizar su ingreso al menor esfuerzo. Así, si quieres que alguien se esfuerce más, págale más; si quieres desalentarlo, págale menos o cóbrale un impuesto. Por cierto, al modelar al hombre como un egoísta puro no significa que de verdad los economistas creemos que todo el mundo es así. Algunos, como Hobbes, lo crearán así; pero para los demás, el modelo de *homo economicus*, como cualquier otro modelo, no pretende describir la realidad tal cual es, sino que sus supuestos simplifican la realidad para aproximarse mejor a ella.

Además, en estricto rigor, el modelo de *homo economicus* dice que las personas maximizan su ingreso al menor esfuerzo, *todo lo demás igual* (*ceteris paribus*). Esta cláusula permite incluir motivaciones no monetarias en nuestro análisis, inclusive consideraciones morales y preocupación por los demás, cosa que suelen incluirse en los mejores análisis.¹ Sin embargo, hay que reconocer que a menudo la cláusula está para la galería, donde se procede a postular la maximización de

1 De hecho, así lo plantean los economistas más sofisticados, y le van agregando otros factores relevantes según el caso particular.

ingreso sin más. Y se tilda de mentiroso, hipócrita o ingenuo al que diga lo contrario.

Por cierto, hay mucho de verdad incluso en la formulación más simple. Qué duda cabe de que el ingreso es un importante determinante del comportamiento humano. De ahí que su maximización puede servir como una primera aproximación a la realidad. El problema tiene lugar cuando se toma como la última o única aproximación a la realidad y se cae en la unidimensionalidad del “economicismo”. Ahí surgen los problemas y las dudas.

Por ejemplo, y sin ir más lejos, la elección de carrera, la mía al igual que la de tantos jóvenes más, no se basó en cual pagaba más. De hecho, yo dejé la ingeniería eléctrica por la economía, no por razones monetarias, sino por razones morales. Gracias a la ingeniería llegué a la convicción de que, debido a los avances tecnológicos, por primera vez en la historia, a fines del siglo xx la humanidad estaba en condiciones de poner fin a la pobreza en el mundo. Y yo quería ser parte de ese proyecto. En clave cristiana, la lucha contra la pobreza me parecía una manera privilegiada de amar al prójimo en el siglo xx. Y, por cierto, muchos de mis colegas, sin ser religiosos, también optaron por la economía por razones éticas y humanistas: querían cambiar el mundo para bien. Es decir, la economía es una profesión potencialmente noble, y ese es motivo más que suficiente para seguirla.

De hecho, el padre de la economía moderna, Adam Smith, era un filósofo moral. Escribió la *Teoría de los sentimientos morales* en 1759, diecisiete años antes de escribir *La riqueza de las naciones*. Es decir que la economía nació de la filosofía moral. Ambos libros deberían leerse conjuntamente.² Pues donde *La riqueza de las naciones* explora hasta dónde se puede explicar el fenómeno económico según la búsqueda del provecho propio y la libre competencia en el mercado, su anterior libro enfatiza la importancia de la empatía, es decir, nuestra capacidad de ponernos en el lugar del otro, rasgo

2 Para ello recomiendo el artículo de Juan Enrique Castro que versa sobre cómo se compatibilizan estos dos libros, incluyendo, por cierto, la última edición de la *Teoría de sentimientos*, escrita muchos años después de *La riqueza de las naciones*. Ver “The Impartial Spectator and the Pursuit of Interest in Commercial Society: a Dual-text reading of Adam Smith for Cotemporary Business and Management” in the *European Journal of Management* (aceptado para ser publicado).

fundamental e indispensable para evitar una guerra de todos contra todos, y desarrollar así una vida en comunidad.³

El libro que tienen en sus manos intenta combinar estas dos grandes intuiciones de Adam Smith. Tiene el propósito de mostrar la importancia de consideraciones no monetarias en el quehacer económico.⁴ Como veremos, estas no son marginales; a menudo son tanto o más importantes que las monetarias. Sostengo que una visión más amplia de la economía sirve no solo para entender mejor el quehacer económico, sino que permite diseñar políticas más idóneas a la realidad. A eso apunta este libro.

Con todo, que nada de lo que aquí exponga se entienda como una negación o minimización de los muchos aportes de la economía, así como de los economistas, al progreso económico y social de las naciones. El problema económico se origina en una realidad innegable: la escasez. Esta no es invento de los economistas, sino que es consustancial a la condición humana, sea por lo limitado que son los recursos en relación a la población, o por los apetitos virtualmente insaciables del ser humano. Dada la escasez, no se puede hacer todo a la vez. Ese es uno de los atractivos del crecimiento económico; al menos por un tiempo, los recursos generados por el crecimiento nos permiten hacer más de todo. Sin embargo, al poco tiempo surgen nuevos y mayores deseos, con lo que la escasez se vuelve a imponer.

Por eso, dada la carencia, el uso de recursos escasos para cualquier fin, por deseable que sea, incurre en un costo inevitable: lo que se deja de hacer por hacer ello (en la jerga técnica, se llama a esto su “costo de oportunidad”). Por ejemplo, no se puede tener un creciente parque automotriz al mismo tiempo que menores emisiones de

3 El Profesor Carlos Peña me informa que una idea similar se encuentra en un escrito de Kant, donde observa que los seres humanos poseen una “insociable sociabilidad”, una doble condición que los mueve a competir y aislarse y a la vez a cooperar entre sí. De hecho, hay evidencia de que conocía la obra de Smith.

4 Por cierto, ampliar nuestra visión de los determinantes del quehacer económico, como pretendo hacer, no es explicar la totalidad del comportamiento humano. Para eso están las demás disciplinas, como la psicología, la sociología, la antropología y la ciencia política. Por otra parte, el campo de la economía tampoco es exclusivo de la economía. Hay importantes traslapes con estas otras disciplinas que enriquecen nuestra comprensión del propio quehacer económico. Entre las más notables, pero no la única, es como veremos enseguida, la de Max Weber, donde explica cómo los valores de la “ética protestante” incidieron en el desarrollo del capitalismo moderno.

CO₂. Por eso, el costo de que cada familia tenga un automóvil, una aspiración legítima de todos, es tener mayores emisiones de CO₂. Inversamente, el costo de tener menores emisiones de CO₂ es el tener menos autos privados y más transporte público, o tener autos eléctricos, pero a precios actualmente fuera del alcance de la mayoría de los chilenos. De forma análoga, el costo de condonar el CAE (los deudores de la Educación Superior) es lo que se dejará de hacer por ocupar esos recursos en la provisión, por ejemplo, de una educación parvularia universal. Y el costo real de construir un tren expreso a Valparaíso es lo que se deja de hacer por ocupar estos recursos en el tren: por ejemplo, la reducción en las listas de espera si se dedicaran esos recursos a la salud. Todos estos fines son deseables —la reducción de emisiones, autos para toda familia, la condonación de deudores, parvularios para todos, la reducción de listas de espera, el tren expreso a Valparaíso— pero hacer más de uno necesariamente significa hacer menos del otro. Eso es lo que implica la escasez.

Asimismo, tampoco es invento de los economistas que tanto las empresas como las personas son muy sensibles a los incentivos. La realidad es así, ¿qué duda cabe? Por eso todos sabemos, sin ser economistas, que si se baja el precio de un producto aumentan sus ventas, y mientras más alto el precio, más atractiva es su producción. En cambio, menos obvio, salvo para economistas, pero igualmente cierto, es que suele ser mejor para dos países intercambiar bienes libremente, cada país especializándose en lo que produce de forma más eficiente e importando eso que le cuesta más producir, a que cada país fije impuestos arancelarios para proteger a su industria nacional.

O aún más contraintuitivo, fue un gran hallazgo el de Adam Smith el mostrar cómo, sin que ningún planificador central les indique a las empresas cuánto producir, todos los días se elabora más o menos la cantidad de pan, leche, café, *jeans*, televisores, computadores, casas y servicios que la gente desea comprar. Es así porque, sin que nadie se lo ordene, cada productor, buscando su provecho propio, es inducido a fabricar más de esos bienes que escasean, porque sus precios suben, y menos de esos productos cuyos precios bajan, porque pocos los demandan. Y, si bien el productor desea un precio alto para maximizar sus ganancias, es obligado por la competencia a vender a un precio no demasiado mayor a sus costos. Así, por medio de la

competencia y el libre juego de oferta y demanda, incluso egoístas puros, solo interesados en su provecho propio, son inducidos por el mercado, como por una “mano invisible”, a cumplir un bien social: el de producir lo que se necesita y a un precio razonable. La verdad es que esto es increíble cuando uno se pone a pensarlo bien.

Todos estos hallazgos, tanto los obvios como los menos obvios y contraintuitivos, son aportes importantes de la economía. No solo esto. La misma teoría económica también nos advierte de las limitaciones y fallas importantes del mercado: entre otros casos, cuando hay insuficiente competencia; o cuando se trata de producir “bienes públicos”, como seguridad, justicia, defensa nacional o caminos; o cuando hay “externalidades”, como son la contaminación ambiental y la congestión vehicular. Asimismo, la teoría macroeconómica nos señala que, para aminorar los ciclos económicos a los que está expuesto el mercado, se necesita de un coordinador central (un Banco Central) que siga una política “contracíclica”, es decir, que vaya contra la corriente, frenando el gasto de los individuos en episodios de euforia colectiva que llevan a la inflación, cuando todos quieren gastar más. Y, al revés, que estimule el gasto en episodios recesivos, cuando el temor a tiempos peores induce la restricción de gasto de muchos, produciéndose así la recesión que todos temían. Estos y otros son hallazgos importantes de la teoría económica, lo que ha permitido avanzar en el bienestar de la sociedad.

Sin desconocer tales aportes, ni tampoco la importancia de incentivos monetarios en el quehacer económico, en este libro examino cómo consideraciones no monetarias inciden en las decisiones económicas. Mis colegas economistas dirán que no estoy diciendo nada nuevo. Las consideraciones no monetarias son parte de nuestros modelos; están incorporados en el todo lo demás igual (*ceteris paribus*). Tienen razón: nada de lo que diré revolucionará la teoría económica. Solo estoy haciendo explícito algo que solemos dejar implícito. De hecho, buena parte de las críticas y observaciones que haré provienen de economistas, varios con premios Nobel. El problema es que muchas veces esas consideraciones no monetarias no son tomadas suficientemente en cuenta en la práctica y pecamos de un análisis unidimensional. Por tanto, espero que este libro sirva para recordarlo y mejorar nuestra práctica. Y para el lector no economista, espero sea útil para darse cuenta de las limitaciones

del opinólogo económico, incluyéndome a mí, por cierto. Que sepa distinguir qué de lo dicho por el economista es un argumento técnico, que predice (o pretende predecir) lo que va a ocurrir, y qué es contrabando ideológico, cuando hace una recomendación, donde también figuran sus valores y prejuicios.⁵

LA IMPORTANCIA DE LOS VALORES EN LA ECONOMÍA

¿Por qué quienes se ocupan de la economía deberían interesarse por temas valóricos? ¿Es este un lujo innecesario? Una primera respuesta es que el mercado requiere para su eficaz funcionamiento de una ética, de un capital social: honestidad, confianza, buena voluntad. Por ejemplo, ¿se imaginarían lo problemático e ineficaz que sería si, para efectuar la compra de una acción en la Bolsa, en lugar de llamar al corredor y darle la orden verbalmente, uno tuviera que ir a un notario para atestiguar su veracidad? O ¿cuántos contratos se efectuarían si se tratara de prever todo posible escenario por la letra y no el espíritu del contrato? El mismo Adam Smith recalaba que el mercado requería de virtudes como la prudencia, la beneficencia y el autocontrol si es que iba a ser socialmente beneficioso. De igual manera, en nuestros días, Fukuyama explica parte del éxito de algunos países en desarrollarse aceleradamente (como Japón) al alto grado de confianza que existe en esas sociedades, lo que abarató los costos de transacción y facilitó la temprana formación de grandes empresas, más allá de las familiares.⁶ Por cierto, la tesis social más famosa en este ámbito la desarrolló Max Weber, quién consideró que la emergencia del capitalismo fue facilitada por los valores de

5 Dicho de manera más técnica, es saber distinguir la economía “positiva” (lo que, dado nuestros conocimientos, probablemente ocurra) de la economía “normativa” (lo que consideramos éticamente mejor). Por ejemplo, tal vez el economista puede predecir que, si el salario mínimo sube 10%, el empleo de las personas que ganan en torno al mínimo caerá, digamos, en 3%. Esa predicción es economía “positiva”. Pero recomendar que, “por eso”, no se debe subir el mínimo tanto, no es conclusión de la economía, sino que refleja su mayor valoración del empleo relativo a su menor valorización de un salario mayor. En efecto, no hay nada en la economía que diga que 10% de mayor salario para el 97% de personas que ganan en torno al mínimo, y que quedarán trabajando después de elevar el mínimo en 10%, vale menos que 100% de ellos trabajando, pero con un salario 10% menor, ni, por cierto, al revés. La predicción es un juicio técnico; la recomendación, en cambio, incluye un juicio ético ajeno a nuestro expertise.

6 Fukuyama, Francis. *Trust: The Social Virtues and the Creation of Prosperity*. Free Press, 1995.

la “ética protestante”: honestidad, responsabilidad, frugalidad y esfuerzo.⁷ El problema es que el mercado ocupa este capital social, sin reponerlo, y, en el peor de los casos, puede socavarlo por su exacerbación sistemática del egoísmo.

Una segunda razón para interesarse en los valores, es que la moralidad y los valores de las personas afectan sus preferencias y, por ende, su comportamiento. Por lo tanto, si queremos predecir comportamientos, es importante conocer esos valores que mueven a las personas. Por ejemplo, todos sabemos que el desempeño laboral depende no solo del salario que se paga, sino también de si este se considera justo o no. Quisiera ilustrar este punto con una anécdota. Durante el gobierno del presidente Aylwin me tocó asistir a un congreso de empresarios latinoamericanos en el que se estaba discutiendo los méritos de la reforma laboral propuesta por Aylwin en reemplazo del régimen laboral introducido por el gobierno de Pinochet. El empresario chileno que habló dijo que, en su opinión, desde el punto de vista técnico, el régimen laboral de Pinochet (la de su ministro de Trabajo, José Piñera), merecía la nota máxima de 7, mientras que la de Aylwin le merecía una nota 5. Sin embargo, él dijo preferir la reforma laboral de Aylwin, por generar mayor paz social, pues sus trabajadores consideraban injusta la de Pinochet, por haberles sido impuesta, mientras que ellos habían participado en la de Aylwin. O sea, “no solo de pan vive el hombre”: la participación y el trato justo afectan nuestro comportamiento, y como muestra este ejemplo, de forma significativa.

MIS CARTAS SOBRE LA MESA

Antes de comenzar, quiero poner mis cartas sobre la mesa. Tal como adelanté, que nada de lo que diga se interprete como una negación del enorme bien (también mal) que puede hacer la economía. Tampoco voy a cuestionar el importante papel del interés propio en el quehacer económico. No soy “santurrón” ni utópico; más bien me considero realista. Ninguna esfera de la sociedad, como la economía, puede organizarse sobre la base de que todos somos altruistas. Qué bueno sería que fuéramos todos como madre Teresa o el padre

7 Weber, Max. *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. Dover, 2003.

Hurtado, pero no somos santos ni héroes. Sin embargo, tampoco somos diablos, puramente egoístas, como el *homo economicus* de nuestros modelos. Aunque temo que somos bastante más diablos que santos, pienso que la mayoría de nosotros estamos dispuestos a hacer nuestra parte si los demás hacen la suya, lo que denominaré como ser “decente”.⁸ *De ahí el título de este libro: es la economía de gente normal, gente decente, que no son ni puros egoístas, ni santos.*

La siguiente anécdota ilustra a lo que me refiero con ser “decente”. Desde hace años, cuando recibo amigos del extranjero, los llevo a conocer el centro de Santiago. Parte del recorrido es la calle peatonal del Paseo Ahumada. Bueno, resulta (o resultaba) que mientras caminábamos, mis amigos se asombraban por la cantidad de papeles, *puchos*, restos de comida, desechos que la gente botaba al suelo. Les parecía penoso. Concluían que “los chilenos son chanchos”. Me dolía, pero tenían razón, el Paseo Ahumada lucía como un chiquero. Seguíamos caminando hacia la Alameda para tomar el metro (estación Universidad de Chile) para volver a casa. Cuando llegábamos a la plataforma, mis amigos se asombraban: la plataforma estaba impecable, sin papeles, ni *puchos* ni nada. “Los chilenos son suizos”, me decían. Eran los mismos chilenos del Paseo Ahumada y los del metro. Entonces, ¿qué había convertido a los chanchos de Paseo Ahumada en los suizos del metro o los suizos del metro en los chanchos del Paseo Ahumada? Al reflexionar me di cuenta de que si andas por el Paseo Ahumada fumando un cigarrillo, qué tanto importa si botas el pucho, si la calle ya está llena de desechos. En cambio, al bajar al metro y ver la plataforma limpia (o casi limpia, pues siempre hay un 5% de irresponsables),⁹ el 95% de nosotros hace el esfuerzo y no lo bota. Es decir, la persona decente está dispuesta de

8 Denominarlos como “decentes” en este libro solo significa que son personas dispuestas a hacer su parte si los demás hacen la suya. No significa que los demás sean indecentes, pues hay los santos o altruistas en un extremo, que harían su parte, aunque los demás no hicieran la suya, y los egoístas puros por otro, los diablos, que querrán que los demás hagan su parte, sin que ellos hagan la suya. En rigor, no creo que haya muchas personas 100% diablos o egoístas puros, 100% santos o altruistas, o 100% decentes. Pienso que en cada uno de nosotros hay algo de diablo (bastante), algo de altruista (bastante menos) y algo de decente (espero que más que 50%). Las proporciones variando con cada persona.

9 Por eso se necesita alguien que limpie, aunque sea poco, pues siempre habrá egoístas que no ponen de su parte. Y de a poco, otros botarán papeles hasta que se convierta en el Paseo Ahumada. Con esta pequeña ayuda, un 95% de decentes harán su parte.